

¡VAMOS A BAILAR!

OLGA NÁJERA-RAMÍREZ

El baile forma una parte integral de las culturas latinas, ocupando un lugar especial como forma de entretenimiento popular, en ceremonias religiosas y en expresiones de orgullo nacional. También es vibrante y dinámico, moldeado por los mismos procesos de hibridación y transculturación que han contribuido a definir la cultura, la sociedad, la política y la identidad en las Américas desde tiempos coloniales.

En español danza y baile son palabras que se refieren a dos modalidades de una misma expresión cultural. Técnicamente, no hay diferencia entre estos términos, pero en el habla popular, danza se refiere a ritos que tienen sus cimientos en prácticas indígenas. Durante la colonia, la danza fusiona creencias y prácticas indígenas y euro-cristianas. En la actualidad, danzas son representadas a lo largo de toda América. Algunas de las danzas mejores conocidas son la danza de moros y cristianos, la danza de los matachines y la danza de la conquista. A pesar de las variaciones en nombres y lo sincrético de su naturaleza, la danza es casi siempre asociada con lo indígena.

Baile se refiere a lo secular, al baile social practicado por parejas en fiestas, en salones de baile y en bares. Oleadas de inmigrantes europeos trajeron bailes de salón como la polca, el vals y la habanera que han contribuido al desarrollo de bailes mestizos regionales.

Tradiciones de origen africano también posibilitaron la creación de nuevas canciones y estilos de baile. La cumbia, por ejemplo, surgió de tradiciones africanas de la costa de Colombia hasta convertirse en un estilo de música y baile pan-latino que ahora es interpretada por conjuntos regionales como la chanchona de El Salvador y mariachis de México. Los bailes folclóricos representan otro tipo de baile popular y se caracterizan por ser estilizados y coreografiados para ser presentadas en teatros. Los bailes folclóricos promueven orgullo nacional, herencia cultural y turismo.

En el presente, la globalización ha posibilitado el flujo de gente y culturas dentro y más allá de fronteras nacionales. Como resultado de ello, los bailes regionales se están haciendo más conocidos fuera de su lugar de origen. Muchas tradiciones latinoamericanas están floreciendo en nuevos ambientes culturales por todos los Estados Unidos. Aunque el baile está continuamente evolucionando en su forma, función, estilo y contexto, permanece como una de las formas expresivas más diseminadas en la cultura latina.

Olga Nájera-Ramírez, profesora de antropología en la Universidad de California, Santa Cruz, recibió su doctorado de la Universidad de Texas en Austin. Autora de libros y productora de un video galardonado, la autora se ha concentrado en documentar y examinar críticamente las expresiones culturales entre mexicanos en Estados Unidos y México.

Para muchos latinos, viejos y jóvenes, el goce de hacer música es una pasión que transforma sus vidas y que puede convertirse en una carrera también. Cuando el colombiano Omar Fandiño, profesional de las maracas, tenía 12 años descubrió la misión de su vida en el pegajoso ritmo de joropo de la música llanera, el arpa, la guitarra, maracas y voces de la música de las llanuras del Orinoco. Fandiño dice: “es parte de mi vida, creo que respiro joropo”.

Como sucede en otros grupos minoritarios en los Estados Unidos, las comunidades latinas han utilizado la música para expresarse en ambientes públicos: celebraciones cívicas, festivales, programas de educación musical y eventos políticos, por ejemplo. Diferentes tipos de música que históricamente fueron creados para ser ejecutados en ocasiones privadas — bailes sociales o devociones religiosas — adquieren nuevos significados en la medida que van incursionando en espacios públicos como estrategia para enviar un mensaje de identidad. “Somos dominicanos” (o mexicanos, cubanos, o puertorriqueños y demás). Algunos estilos musicales, formas y repertorios contienen asociaciones directas con el “núcleo de lo cultural” o asociación con lo que es “representación”.

Omar Fandiño toca maracas entre sesiones de grabación en Bogotá, Colombia, para Smithsonian Folkways Recordings. Foto de Daniel Sheehy

